



## Zorbal en la isla

A Antonio

Zorbal lleva en la Isla de las Aves desde el otoño. Esperaba volver a la casa antes de que acabara la estación, pero la época de las lluvias llegó anticipada y tuvo que buscar asilo en la cueva más próxima a la orilla, ya que no tenía fuerza ni ganas de adentrarse hasta la gigantesca cueva de las salas, la que gracias a un ciervo descubrió hacía varios años.

Esa pequeña cueva no le proporcionó espacio para construir la balsa, así que su proyecto no avanzó durante el invierno. Con la primavera, y después de tantas semanas enclaustrado, deprimido por la luz rancia y acosado por la humedad de escarcha y la desazón, salió, como los presos de la cárcel cuando hay terremoto y la esperanza de libertad aparta el miedo. Su ilusión y su alegría fueron tan grandes que se pasó toda la estación observando la vida de la isla y tomando parte en ella, sin llegar a reunir siquiera unos pocos troncos.

Cuando ya el sol demoraba cualquier movimiento y hacía de él un brochazo de goma arábica, Zorbal se obligó a centrarse en su empresa, a pesar del calor y de la masa de algas estivales que se le enredaban entre las piernas, haciéndole tropezar y caer. Recogió los troncos náufragos que llegaban a la orilla y cortó bejucos con una piedra afilada para que le sirvieran de amarre. Arrastrar troncos era una tarea dura para un anciano, pero más difícil aun se le hacía atarlos, si bien por una razón diferente: requería fuerza en las manos y destreza, una destreza que él emulaba con acertadas deducciones y movimientos faltos de práctica. No obstante, esto le complacía.

Cuando la balsa esté acabada, espera que para la entrada del otoño, podrá quedar libre para seguir observando a las aves media estación más. Luego planea irse con tiempo, antes de que recomience el ciclo de las lluvias.

Zorbal reflexiona a veces sobre lo mucho que ha cambiado todo.

“Vala no debe haber vuelto tampoco”, piensa. “Si lo hubiera hecho, habría venido a buscarme”. Zorbal va a la isla de vez en cuando, normalmente a lomos de Vala, y también suele ser ella quien le recoge para llevarle a la casa, aunque no siempre que lo hace él desea irse. En esos casos, Vala se marcha sola y el hombre se dedica a construir balsas o a esperar a que coincidan sus ganas de partir con el vuelo de ella.

Zorbal va a la isla cuando desea esquivar la presencia humana para sumergirse en la apacible compañía de los mamíferos herbívoros y las misteriosas aves. Los ciervos, las liebres, los corzos y los conejos le inspiran ternura. Las aves le fascinan. En la isla hay bastantes, sólo que es difícil otearlas, ya que perciben la presencia humana a tiempo de ocultarse entre las piedras y los palos, o en las copas de los árboles más altos. Zorbal, sin embargo, piensa que pueden llegar a acostumbrarse a él: hay un pájaro amarillo azufre que vive entre las rocas volcánicas de un extremo de la isla, no muy lejano de la orilla donde ahora trabaja, que no rechaza su presencia. Ha llegado a estar a dos zancadas del ave, incluso se ha puesto a tomar notas y apuntes sin que ella eche a volar o se quede paralizada por el miedo. Tiene escritos varios cuadernos de notas con letra pequeña y a veces diminuta, con una caligrafía de filósofo, surcada de bellas vetas de tinta que son tachaduras e irregulares y equilibrados globos que son extensión de alguna idea. Zorbal sabe que cuando se pone a tomar notas se le pueden pasar las horas, los días y los meses sin apenas darse cuenta. Eso le preocupa y se esfuerza por evitarlo: sabe que el tiempo también vuela y desea resolver varios asuntos algún día.

Zorbal busca comida sin prisa y da largas caladas a sus cigarrillos sin tragarse el humo.